

Los estudios sobre el Formativo de la cuenca de México: un balance histórico

Mari Carmen Serra Puche

Una de las características de la trayectoria de Eduardo Matos ha sido su constante inquietud por explorar distintos aspectos y modalidades del trabajo del arqueólogo; sus propuestas se extienden lo mismo en el terreno de la teoría arqueológica que en la descripción pormenorizada de sus hallazgos, y lo mismo se interna en los terrenos de la historia del arte que debate sobre los pormenores de la metodología propia de nuestra disciplina.

El trabajo que hoy presento aquí se deriva precisamente de una de esas exploraciones a las que Eduardo Matos nos invitó a participar, y que conjuntan otras dos de las áreas en las que ha incursionado con gran fortuna: el de la historia de la arqueología mexicana y el de la divulgación. Me refiero al proyecto de la exhibición *Descubridores del Pasado en Mesoamérica*, montada en el año 2001 en el Antiguo Colegio de San Ildefonso.

En aquella ocasión me tocó reseñar la historia de las investigaciones referentes al periodo Preclásico o Formativo en la cuenca de México, y la discusión sobre este tema nos hizo comprender la urgencia de delimitar —ya no para el público, sino al interior de la comunidad académica de la arqueología— los alcances, los límites y las perspectivas de este fascinante campo de estudio.

La presentación de esta tarde es, entonces, un primer acercamiento a esta reflexión, una reseña crítica y propositiva sobre los estudios científicos del periodo Formativo en la cuenca de México.

(Un marco de análisis)

En la historia de la arqueología mexicana, el estudio de los grupos humanos de desarrollo previo a las culturas clásicas del territorio mesoamericano se remonta a finales del siglo XIX, cuando fueron identificadas pequeñas figurillas de arcilla de apariencia más “primitiva” o “arcaica” que las conocidas para aquellas. Con la identificación de las culturas “arcaicas” dio inicio, entonces, la exploración de una de las épocas cuyo conocimiento hoy consideramos fundamental en el estudio del desarrollo de las civilizaciones mesoamericanas.

La identificación de la arqueología con la antropología propuesta de manera definitiva por Franz Boas y continuada en la tradición de la arqueología estadounidense ha

determinado, a lo largo de poco más de un siglo de exploraciones, el sentido de gran parte del conocimiento que tenemos sobre aquel periodo. Como veremos más adelante, ha sido gracias a esfuerzos como el de la identificación de grupos culturales y sus secuencias, la identificación de las comunidades del Formativo con modelos de organización social surgidos de la etnografía, o bien la discusión sobre los sistemas y procesos de adaptación al medio natural y, más recientemente la evaluación de modelos generales de evolución cultural —todas estas reflexiones antropológicas— como hemos profundizado en nuestro conocimiento del periodo. Es en este mismo sentido, en el de la reflexión antropológica, como he querido estructurar la presente reseña.

Por razones de tiempo y espacio, será imposible aquí hacer mención de todos y cada uno de los muchos trabajos que se han realizado en torno al tema que nos ocupa; pero mi propuesta es que, de alguna forma, todos ellos pueden ser analizados según el mismo criterio de cercanía a uno de esos problemas antropológicos esbozados a grandes rasgos. Sin embargo, es necesario advertir que, en muchas ocasiones, cada trabajo en lo individual trasciende este intento de clasificación, y que para hacer justicia a cada uno de los autores y sus aportes será necesario entenderlo más allá de esta esfera de análisis.

(Los estudios sobre la cuenca de México)

(a. De los coleccionistas de cabecitas a los modelos de la historia cultural)

El primero en describir por escrito objetos correspondientes a las primeras culturas sedentarias de la cuenca fue el padre Francisco Plancarte y Navarrete, quien publicó en 1911 su obra *Tamoanchan*, donde relata:

De Atoto, lugar un poco más apartado de los que yo continuamente frecuentaba, ameno y fértil por su abundancia de agua, me llevaron una vez unas cabecitas que llamaron fuertemente mi atención, por su hechura y su tipo enteramente distinto del de las cabecitas que solíamos encontrar de hechura y tipo nahua.

El encontrar tipos de otra raza o de otra tribu, distintos de los que conocíamos como pertenecientes a las que habían habitado y dominado esos lugares, me pareció cosa muy importante para la historia antigua de México, sobre todo si se podía probar que esos objetos se encontraban en capas del terreno inferiores a las que contenían los del tipo de la tribu azteca...

Sin saberlo, Plancarte estableció con estas observaciones un nuevo campo de estudios de la arqueología de la cuenca

de México, el de las culturas previas a la teotihuacana y la azteca, entonces ya bien conocidas, campo de estudio que se afianzó gracias a la presencia de estudiosos como Franz Boas, cuya influencia se sintió en México gracias al establecimiento de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas, y que se continuó en la labor de sus discípulos, directos e indirectos, como Manuel Gamio y George Vaillant.

En efecto, fue gracias a las exploraciones realizadas por Gamio cerca de aquel pueblo de Atoto, en San Miguel Amantla, que se delimitó el sitio que las culturas arcaicas jugaban en la secuencia cultural del valle de México. Dice Manuel Gamio:

Aunque el tipo de los cerros había quedado inicialmente identificado por el doctor Boas, este señor me encomendó la investigación de su antigüedad con respecto a la de los otros dos, azteca y teotihuacano, que aparecen en el valle. Cumpliendo tal recomendación, efectué la excavación de San Miguel Amantla, Azcapotzalco, y pude comprobar que en ese lugar se encontraban tres estratificaciones geológico-culturales superpuestas por orden de antigüedad, siendo la primera o superficial correspondiente al tipo azteca, la segunda al teotihuacano y la tercera o más

profunda al “arcaico” que entonces denominé “de los cerros”, siguiendo al doctor Boas.

Tal como es reconocido en los estudios sobre arqueología mesoamericana, aquella exploración de 1909 tiene el mérito de ser la primera excavación con registro estratigráfico llevada a cabo en nuestro país; se puede decir que la arqueología mexicana avanzó en el sendero de la ciencia sobre el terreno del Formativo.

Gamio llevó a cabo nuevas exploraciones, en 1917, en la zona de canteras de basalto cercanas a Copilco, en el sur del Distrito Federal. El hallazgo de vestigios arqueológicos de características similares a las ya descritas en Azcapotzalco y en otros sitios, y que Franz Boas había llamado “de los cerros”, por encontrarse preferentemente en las zonas altas aledañas a la ribera de los antiguos lagos del valle, permitió a Gamio proponer la unidad cultural de la cuenca para aquel periodo. Y ya que fue bajo los pedregales de Copilco donde había hallado aisladas las manifestaciones culturales de esos grupos, propuso denominarlas “subpedregalenses”.

Una vez establecida la temporalidad general de las culturas arcaicas, correspondió a George Vaillant el uso de instrumentos más finos de observación para identificar sus secuencias particulares de desarrollo en distintos sitios. A lo

largo de sus exploraciones en los sitios de Zacatenco, Tlatilco, Ticomán, el Arbolillo y Gualupita, reportados entre 1930 y 1934, pero sobre todo por el sistemático trabajo de síntesis de sus hallazgos con las herramientas metodológicas de la seriación y la estratigrafía, logró establecer una detallada secuencia cerámica y de figurillas que, con algunos cambios terminológicos, se mantiene prácticamente vigente hasta nuestros días.

Mención aparte merecen los trabajos realizados por Byron Cummings en la pirámide circular de Cuicuilco, sintetizados en su texto *Cuicuilco y la cultura arcaica de México* publicado en inglés en 1933. Enfrentando el impresionante desafío técnico que significó excavar junto a espesos muros de lava petrificada, Cummings estableció la presencia de una comunidad caracterizada por un grado avanzado de organización sociopolítica, cuya vida giraba alrededor de la producción agrícola y del culto al dios del fuego, cuya ira acabó por destruir la antigua ciudad. En sus palabras,

Cuicuilco sobresale como un monumento al empeño religioso, al poder organizado y a la perseverancia de los primeros habitantes del valle de México. Es un gran templo que registra la devoción por sus dioses y el sometimiento a la voluntad de sus grandes líderes. Muestra el comienzo de esa arquitectura que se

desarrollaría en las pirámides y altares de Teotihuacan. Ciertamente, proporciona evidencias de ser el templo más antiguo que se haya descubierto en el continente americano.

Los avances, en términos de la historia cultural, de nuestro conocimiento sobre las culturas del Formativo de la cuenca se irían afianzando a lo largo del siglo XX, conjuntando también los resultados de las exploraciones en otras regiones de Mesoamérica. Así, por ejemplo, las exploraciones de Tlatilco, realizadas a partir de 1943, permitieron a Miguel Covarrubias identificar en la cuenca la presencia Olmeca proveniente de las costas del Golfo de México, y más tarde a Piña Chán otros rasgos provenientes de Occidente, en particular de la cultura de Chupícuaro. A Román Piña Chán, quien llevó a cabo un segundo esfuerzo de sistematización de la información acumulada hasta mediados del siglo XX, debemos el uso del término Preclásico y su periodización en inferior, medio y superior.

(b. Los estudios de adaptación al medio)

Más allá de la identificación de los tipos, las culturas y las secuencias de los materiales arqueológicos correspondientes al Formativo, es evidente en algunos de los trabajos publicados durante la primera mitad del siglo XX

el intento de explicar en términos sociales el desarrollo de los primeros grupos agrícolas sedentarios de la cuenca. En este sentido es indispensable recuperar en su justa dimensión el trabajo realizado por George Vaillant, quien no sólo enfocó su atención en los tipos cerámicos y de figurillas, sino que intentó reconstruir la relación que guardaron los grupos humanos de la época con el entorno natural y sus recursos. En ese sentido, resultan ejemplares sus detalladas observaciones sobre la reconstrucción geográfica del paisaje de la cuenca. Me permitiré leer una cita extensa de su trabajo sobre Ticomán para ilustrar el agudo sentido de observación geográfica de este autor.

El sitio se encuentra sobre una península rocosa y empinada que se proyecta hacia el lago desde los cerros, que en ese punto conforman las faldas de una pequeña montaña llamada El Chiquihuite. Una mirada al mapa muestra el valor del sitio arqueológico de Ticomán como lugar habitado. El lago, ahora drenado, rodeaba enteramente a la península.

Las ventajas de tal situación son bastante obvias. En primer lugar, el lago proporcionaba pescados y patos y las milpas, ya barbechadas, producían grandes cosechas. Los enemigos que se aproximaran por tierra tendrían que ascender los cerros de la tierra firme antes de descender por el pronunciado desfiladero

hacia el istmo. El enemigo que se acercara por el agua no podía atacar a Ticomán por la retaguardia debido a la elevación del desfiladero.

Las observaciones geográficas de Vaillant no encuentran similar en trabajos posteriores, ni siquiera entre aquellos que toman como base los modelos adaptativos de cultura. En efecto, durante la segunda mitad del siglo XX han abundado los intentos de explicar las formas de organización y el desarrollo de los pueblos del Formativo de la cuenca en términos de su adaptación al medio, lo que ha permitido la multiplicación de estudios de paleopaisaje y de identificación del uso de recursos y su especialización en distintos sitios particulares.

En este ámbito de estudios debemos mencionar la serie de trabajos que se han enfocado al estudio de unidades habitacionales del Formativo en la cuenca, en busca de información sobre las formas específicas de vida, el aprovechamiento de recursos, las actividades productivas y domésticas, y la especialización en la actividad tanto dentro de los sitios así como entre sitios, a nivel regional. A título personal, los estudios que he conducido en los sitios de Terremote-Tlaltenco y Temamatla se han dirigido al esclarecimiento de estos procesos en la región suroriental de la cuenca del lago de Chalco-Xochimilco.

En el que es quizá el último de los esfuerzos de sistematización de nuestro conocimiento sobre la cuenca de México, la obra *Paleopaisajes y arqueología preurbana de la cuenca de México*, de Christine Niederberger, publicada en francés en 1987, encuentra su culminación la estrategia metodológica de la reconstrucción de los sistemas de adaptación ambiental. Gracias a sus trabajos de excavación en Zohapilco Tlapacoya, complementados con estudios de caracterización del ambiente geológico, faunístico y vegetal de la región sur de la cuenca, contamos con datos fundamentales, aunque geográficamente aún restringidos, sobre estos sistemas de adaptación, que aparecen en su obra como congruentes con los datos de la arqueología histórico cultural.

(c. El uso de modelos antropológicos)

De manera paralela, y de forma consistente con los postulados de la arqueología procesual —que en el estudio del Formativo de la cuenca ha resultado especialmente socorrido—, ha sido posible utilizar categorías como el de sociedad tribal o segmentaria y el de cacicazgo para caracterizar a las sociedades del periodo, y buscar un modelo explicativo para el surgimiento de las sociedades pre-urbanas o urbanas de Cuicuilco y Teotihuacán.

A pesar de su aparente fortaleza teórica, el uso de estos modelos ha encontrado poco eco entre los arqueólogos mesoamericanistas. No es éste el lugar para indagar en las razones de tal limitación; baste decir que los modelos de desarrollo propuestos sobre estas bases por autores como Sanders y Price, Sarmiento y Gándara, entre otros, parecen debilitar su utilidad bajo el uso de terminologías y modelos teóricos oscuros para la mayoría de los arqueólogos locales, entrenados en las técnicas de la historia cultural, y que han carecido, en general, de programas sistemáticos de trabajo de campo que permita fortalecerlos o desecharlos, a excepción del ambicioso proyecto de Sanders y colaboradores sobre patrones y sistemas de asentamiento en la cuenca a lo largo de tres mil años de historia.

(d. Los estudios de evolución cultural)

Alentado por el éxito de estrategias similares en regiones como Mesopotamia y el altiplano peruano, el equipo de investigadores encabezado por William Sanders, Jeffrey Parsons y Robert Santley, se dio a la tarea de reconstruir la dinámica demográfica de la cuenca de México como una vía para esclarecer su evolución cultural.

Sobre el entendido de que la cuenca de México ofrece un gran laboratorio arqueológico que permitirá analizar el

proceso universal de formación y desarrollo del Estado, y gracias a la inversión de un enorme capital humano y metodológico, hoy contamos con una imagen clara sobre ésta que ha sido denominada un área clave de la Mesoamérica prehispánica. Gracias a su trabajo, hoy nos es posible entender a la región como el escenario de una compleja interacción entre un medio natural particular y las tecnologías disponibles para los grupos que lo habitaron en distintos periodos históricos. Al entender que la combinación de áreas claves y dependientes generan las dinámicas simbióticas que explican el alto desarrollo sociocultural de Mesoamérica, el trabajo sintetizado en la obra *La cuenca de México*, publicada en 1979, puede ser considerada una de las obras más útiles en la arqueología de la Cuenca de México.

A más de veinte años de distancia, sin embargo, los alcances de esa obra en inicio fecunda parecen frenarse. Ello no se debe, sin embargo, a ningún tipo de debilidad teórica o metodológica; sus aportes, por el contrario, parecen haberse estancado debido a la falta de continuidad en el trabajo de campo y en la afinación de sus resultados iniciales.

En un trabajo ejemplar por su honestidad y su naturaleza propositiva, Jeffrey Parsons (1989) advierte sobre la necesidad de continuar con la estrategia iniciada por el

proyecto de la cuenca de México para dar respuesta a las interrogantes que el análisis inicial de los datos ha podido definir. Cuestiones como la interacción entre poblaciones basadas en una economía de apropiación con los primeros grupos agrícolas de la zona, o la escala particular de sitios que han sido insuficientemente explorados para comprender la dinámica económica y política de las distintas subregiones de la cuenca, e incluso la necesidad de afinar nuestros instrumentos de identificación cronológica, han sido problemas que la investigación reciente no ha podido resolver.

(Hacia una nueva síntesis)

Han pasado 117 años desde que el padre Plancarte describió sus “cabecitas arcaicas” hasta la actual discusión de los modelos de evolución cultural planteados por Sanders, un tiempo que se antoja extenso pero que refleja el esfuerzo de un muy contado número de investigadores y especialistas. Ese tiempo ha sido suficiente para comprender que, más allá de la identificación de “tribus primitivas” o “culturas arcaicas”, la arqueología de la cuenca de México es la puerta de entrada a la comprensión de los procesos culturales, económicos y políticos que nos permitirían explicar la complejidad de las sociedades

actuales. Poco más de cinco generaciones de estudiosos hemos dado nombre, imagen y voz a hombres y mujeres que con su cotidiano quehacer transformaron el paisaje de la cuenca de México y la convirtieron en escenario de transformaciones cruciales para entender y debatir la condición humana.

En las últimas dos décadas del siglo XX, y después del extenso trabajo de síntesis realizado por Niederberger, los estudios de evolución cultural de la cuenca de México durante el Formativo parecen sufrir de un estancamiento conceptual agravado por la ausencia de nuevas exploraciones sistemáticas en campo. A la fecha, seguimos dependiendo de las hipótesis planteadas por la escuela de Sanders y colaboradores para explicar la dinámica sociopolítica de las aldeas agrícolas de la cuenca de México, pero carecemos de los estudios de campo indispensables para afinarlas o corroborarlas; de igual forma, seguimos dependiendo de una metodología tradicional de historia cultural, basada en la identificación de tipos cerámicos, para tratar de dar coherencia a una cronología que cada vez aparece más compleja; y ante la profusión de estrategias técnicas y metodológicas impulsada por la arqueología procesual y que incluyen la reconstrucción paleoambiental, los estudios de dieta y subsistencia, de sistemas de intercambio, especialización

productiva o análisis de unidades habitacionales y áreas de actividad, se ha generado un enorme corpus de información que nos obliga a proponer una nueva síntesis que sirva de base firme a los trabajos a futuro.

Sería pretencioso traer a esta mesa de discusión una propuesta definitiva en este sentido; pero de nada serviría hacer una reseña de las experiencias del pasado si fuera nuestra intención hacer tabla rasa de ellas para sustituirlas por una estrategia presuntuosamente nueva. Por el contrario, estoy convencida de que una mirada fresca a los aportes de nuestros precursores nos permitirá remontar el *impasse* actual en los estudios del Formativo. Y me atrevo a expresar aquí algunas de las líneas en que tal revisión puede ser hecha.

En primer lugar, es menester acordar un modelo único de terminología y de cronología para el Formativo de la cuenca. La periodificación propuesta por Niederberger parece ser la más útil en este sentido, y será necesario revisar los aportes de autores anteriores a ella para reubicar los sitios y las fases locales a este esquema único. Para el estudio del Formativo, sigue siendo en extremo complejo manejar cuatro o cinco sistemas cronológicos paralelos y al mismo tiempo intentar proponer modelos de dinámica sociocultural que expliquen a la región en su conjunto. En particular, es necesario revisar las cronologías del trabajo de Sanders y

colaboradores, los más extensos hasta ahora realizados en la región, para acercar de manera definitiva los avances de los estudios de historia cultural con los de evolución cultural.

En segundo término, es necesario seguir afinando el modelo de evolución cultural que ha sido diseñado por Sanders y colaboradores en su indagación sobre el surgimiento de sociedades estatales en el centro de México; para ello, resulta indispensable seguir investigando sobre los patrones y los sistemas de asentamiento definidos por Parsons en los siguientes términos:

El patrón de asentamiento se basa en la ubicación, tamaño, y complejidad arquitectónica de sitios contemporáneos dentro de una región. Generalmente el patrón de asentamiento regional se descubre y define por medio de investigaciones extensivas y sistemáticas en superficie. Por otro lado, un sistema de asentamiento trata de funciones y actividades llevadas a cabo en sitios que mantienen relaciones políticas y económicas con asentamientos y comunidades de una región.

Ello será posible mediante la excavación y el análisis exhaustivo de los materiales recuperados en los cada vez menos sitios que aún no han sido afectados por el avance de la mancha urbana o afectados por la degradación

ecológica de la cuenca. En este sentido, aún falta completar los esquemas de complementación económica entre los sitios de las distintas fases del Formativo que den luz sobre la dinámica política del periodo.

En tercer lugar, es recomendable generar nuevos modelos de interpretación de la dinámica histórica de los sitios del Formativo de la cuenca. Para ello, creemos muy útil recurrir a los planteamientos de la geografía histórica que han abandonado los esquemas deterministas de control, influencia y adaptación por otros más flexibles de respuesta de las comunidades humanas, agentes activos en su propio desarrollo, a su entorno geográfico. En ese sentido, la revisión de la metodología de George Vaillant, basada en un profundo conocimiento de la geografía del valle y de la posición específica de cada uno de los sitios, resulta ilustradora. Me atrevo a sugerir la traducción y reedición de sus trabajos pioneros para recuperar la noción de “paisaje” como una forma particular de respuesta de los grupos humanos a su ambiente, reconociendo que tales respuestas no son más que opciones culturales específicas en relación con el hábitat en un momento particular, y reconociendo que el mismo término de “paisaje” es uno de apropiación cultural, más que un valor absoluto e independiente de la evolución cultural.

En resumen, es necesario conceptualizar al periodo Formativo de la cuenca de México como un conjunto heterogéneo de comunidades que comparten el núcleo de una forma de vida; más que el nombre de un periodo y un entorno geográfico, el Formativo es una expresión histórica y geográfica de un modo de vida, de una estrategia comunitaria para maximizar satisfacciones y minimizar esfuerzos, y esto es quizá lo que significa la adaptación al medio. Debemos reconocer que este modo de vida está determinado por la interdependencia de las economías locales y regionales, y que el término economía trasciende la mera producción material de satisfactores.

Los estudiosos del Formativo de la cuenca de México enfrentan la obligación de hacer de los procesos culturales la base de su pensamiento: su curiosidad debe dirigirse hacia las circunstancias bajo las cuales los grupos y las culturas han actuado para convivir, divergir o evolucionar en otras, bajo la comprensión de que la mayor parte de la historia del hombre ha sido una cuestión de diferenciación y de convergencia de culturas.

En esta búsqueda de experiencias, conducta y tendencias, la arqueología debe jugar un papel central. Su obligación primaria es la tarea difícil y fascinante de dar significado a las expresiones del pasado y a su influencia en el presente.

